



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13075

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MARTES 13 DE JUNIO DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

SOCIEDAD PROGRESIVA

Banca, Descuentos, Caja de Ahorros

Esta Sociedad anuncia al público que desde el 29 del actual traslada sus oficinas á la calle de Jara, número 40, donde continúa todas sus operaciones.

En la plaza de España

En el centro de la plaza de España se están haciendo obras para la instalación de una fuente destinada al riego del futuro jardín.

Hemos visto los planos de la mencionada construcción, pudiendo apreciar que no está exenta de elegancia y de sencillez.

Es de base cuadrada, correspondiendo á los cuatro ángulos otras tantas escalinatas que suben hacia el centro en el sentido de las semidiagonales del cuadrado.

En el centro, coronando la parte más alta de la construcción, hay un prisma de base octogonal, de lados desiguales cuatro á cuatro, siendo más grandes los paralelos á los lados del cuadro y más

chicos los que dan frente á las escalinatas. La distancia entre los mayores es de cinco metros.

La altura del prisma es reducida y está destinado á soportar lo que le ponga: estatua, farol monumental, ó las dos cosas á la vez.

En el interior del cuadro, es decir, entre los lados de la base y los del prisma y las escalinatas, quedan cuatro huecos de base trapezoidal destinados á depositos de agua para el riego del jardín.

Como se ve, la labor en la plaza de España prosigue. No se lleva con prisa, es verdad; pero poco a poco se va lejos y poco a poco se ira haciendo el camino que falta para convertir aquel lugar en plaza espléndida y agradableísima.

El ayuntamiento hace lo que puede, tal vez más. Si los propietarios de la plaza hicieran lo mismo, sin prisa, poco a poco...

hora que transcurre es un peligro para el arsenal. Para combatirlo por los medios que se puedan, dijo que era preciso nombrar una junta gestora, y reconociendo todas la necesidad de dicha junta, fué nombrada enseguida, siendo los elegidos los obreros siguientes:

- Tomás Cabas Victoria.
- Francisco García Hozarejos.
- José María Martínez.
- Juan Sintas Martínez.
- Ginés Ortega García.

Ocupó la comisión la mesa, y el presidente concedió la palabra á los que quisieran usarla para el asunto de la convocatoria.

Habló primero el Sr. Sintas, que sino con elocuencia—ya dijo él mismo que no es orador—habló perfectamente, subrayando con intención algunas frases. Lamentose de que los representantes en Cortes no se preocupen nada de la suerte que espera á este arsenal en construcción, sino se acuerden nuevas construcciones y se lamenten del poco apoyo que encontró la comisión que fué á Madrid.

Y señaló un hecho aduciendo en prueba de lo que acababa de decir: el de que el ayuntamiento de Cádiz rompiese el pacto con el de Cartagena porque este último no mostraba actividad en sus trabajos.

El Sr. Sintas cometió al decir eso un gran error. El ayuntamiento de Cádiz rompió el pacto porque los diputados de esta circunscripción, defendieron en el Parlamento solo á este arsenal. Recuérdese bien.

El orador terminó poniendo la suerte de la maestranza en manos del digno comandante general del arsenal, Sr. Concas, del cual habló en el sentido de que la maestranza le debe gratitud, subrayando los asistentes estas manifestaciones del señor Sintas con frecuentes muestras de aprobación.

El Sr. Martínez leyó un discurso, haciendo referencia á su gestión como miembro de la comisión que fué á Madrid, á la cual sirvió como supo y pudo, terminando también con elogios y alusiones al general Concas, al cual dió un viva que fué contestado con otro atronador.

Levántase á hablar el presidente señor Cabas, y manifestó que era preciso ir en unido voluntades, pidiendo el apoyo de la Cámara de Comercio y de las demás entidades y fuerzas vicias del país. Aludió á la prensa y dijo que estaba descontento

de ella. Añadió que un periódico se había enfadado de ellos en vez de prestarles su apoyo.—He enviado invitaciones—dijo—á todos los periódicos y solo hay uno aquí.

De una pátaca ocupada por los representantes de «El Mediterráneo», «El Porvenir», «Las Noticias» y El Eco salen voces de «aquí está la prensa.»

El director de «El Porvenir» pide el nombre del periódico aludido y el Sr. Cabas dice que lo ha perdonado.

Terminado este incidente, sigue el orador manifestando que la que se celebra es la reunión primera de una serie; y como esto podrá originar algunos gastos, pregunta á los presentes si se encuentran dispuestos á hacer el sacrificio de una cantidad semanal, pequeña, aunque sean cinco céntimos.

Un sí unánime acoge la pregunta y el señor Cabas se felicita de ello.

Alude de nuevo á la prensa para solicitar su apoyo y á nombre de la prensa toda le ofrece decidido y entusiasta, como siempre, el trabajar por la maestranza se trabaja por los intereses de la población, obligación que es dentro del deber periódico de que ha hablado el señor Cabas pudiera tener alguna relación con la prensa, ésta lo rechazaría ofendida, pues no se puede consentir siquiera que se suponga á los periódicos capaces de sacrificar en su provecho el menguado jornal del humilde trabajador.

La concurrencia aplaude frenéticamente al señor Romero y lo mismo hace al hablar en el mismo sentido los señores Bantista Monserral y director de «Germinal.»

Un obrero propuso que cada vez que se haga una gestión se cite á junta para comunicar el resultado.

El presidente contestó que lo haría saber por la prensa.

Hasta aquí lo ocurrido en la reunión. Respecto á la impresión que dejó en nuestro ánimo, fué la de que los obreros se dan cuenta de que atraviesan un periodo muy crítico, que será más ó menos largo, pero que tiene un fin fatal. Y aquí se nos ocurre volver á cosas ya tiempo tratadas y aducir argumentos que no son novedades porque los hemos aducido muchas veces. Si se termina la labor del «Cataluña» y no se emprenden obras nuevas ¿que va á ser de los trabajadores? ¿Los despedirán, dándoles en pago á sus servicios la miseria por premio?

El despido de la maestranza es algo más que el despido de un tajo de albañiles ó la clausura de un taller. Esto al fin se resuelve cuando los obreros que se quedan sin trabajo son pocos, y en todo caso el mal no se refleja sobre la población con caracteres de problema insoluble.

El caso de la maestranza es muy distinto. Despedirla es cerrar numerosos talleres; lanzar á la miseria y al hambre un millar de familias; restar á la circulación muchos miles de pesetas diarias; condenar á un millar de propietarios á privarse de rentas legítimas ó á pasar por la desahogada situación de tener que echar los muebles á la calle á cientos de familias que no podrán pagar el alquiler; poner en situación de quiebra á unos cuantos tenderos y hacer pensar con fuerza abrumadora sobre la población una masa indignada bastante por lo densa para constituir una carga insostenible.

Por humanidad hay que pedir que se respote á esa maestranza asegurándole trabajo á fin de que no sea gravosa. Por conveniencia hay que ayudarla á que logre sus fines, pues sino se le ayuda no será ella sola la que sufra el daño, sino los propietarios, los tenderos, el municipio, todos.

Los intereses de la maestranza están ligados á los de la ciudad; y nosotros que vamos muy claro en el asunto, que presentamos en toda su extensión el mal que ha de sobrevenir sino se acude á remediarlo; que adivinamos las dificultades y peligros que se ciernen sobre la población, y que están cada día más cercanos, nos dirigimos llenos de lógicos temores al ayuntamiento, á los centros mercantiles, á las sociedades de recreo, al comercio, á la industria, á la banca, á las agrupaciones políticas; á los diputados que nos representan en las Cortes, á todos, en fin, los que aquí tienen algo rogándoles que pidan que no se cierre el astillero.

Pidanlo, como lo pedimos nosotros, sin cansancio, con fé, no por cumplir, sino con el ansia que el sediento pediría el agua, con la vehemencia que pediría pan el que tuviese hambre, con el fervor que se pide la salud.

Pidanlo así, poniendo en la demanda todas las energías, que no se trata solo de una obra humanitaria sino también de alta conveniencia. No olviden que en su logro va la tranquilidad de Cartagena y que, puesto en ella vivimos, cuanto por ella pase habremos de pasarlo nosotros.

La reunión de la maestranza

Como ayer dijimos al cerrar la edición, á las cuatro y media de la tarde se reunió en el Teatro-circo la maestranza.

Pocos minutos antes y llevando en la mano la indispensable papeleta de entrada, en la cual no hubiésemos podido ingresar en el teatro, tomamos el camino de éste, llegando en el momento mismo en que llegaban los primeros obreros.

Lo de la papeleta era una medida preventiva sabiamente tomada; previendo los obreros la ingerencia de elementos extraños que pudieran llevar á la reunión ideas y

pasiones que á ellos no les animan, lo evitaron con la papeleta, que atestiguaba ser quien la llevaba, obrero del arsenal ó periodista.

A las cinco, con una concurrencia de unos mil, que llenaba el patio de butacas, los palcos y plateas, comenzó la reunión. Los delegados de los talleres penetraron en el escenario y previo un incidente promovido con ocasión de una elección reciente, verificada por los obreros de un taller para el nombramiento de representante, manifestó el presidente Sr. Cabas que cada

Maese Laforet, necesito esos papeles, ¿dónde están?

—Yo... yo no los tengo,—balbuceó el anciano retorciéndose convulsivamente en el lecho.

ros. Decid, mi querido Laforet, ¿no es esta exactamente nuestra situación respectiva? Y al venir á este país ¿no tratáis por objeto instruir de todo á mi querido primo, al mismo tiempo que érais portador de los fondos procedentes de los legados de mi padre?

El notario parecía hallarse bajo la presión de atroces sufrimientos y apenas tuvo fuerzas para contestar:

—Es cierto... pero yo os entregaré el dinero... y... no diré nada al señor Daniel Ladrangé.

—Muy bien; pero ¿cómo se puede dar satisfacción con una afirmación ni aun con un juramento vuestro? Necesito garantías más sólidas, os lo advierto, y para empezar, sospecho que debéis tener en vuestro poder, en primer lugar, un acta que pruebe la identidad de Francisco Girodot y de Francisco Gauthier, y en segundo, un extracto del proceso de dicho Girodot por el tribunal de Bourdan. Debéis haber traído con vos estos documentos para enseñármelos á mi querido paciente, en la caritativa esperanza de que emplearía su autoridad para hacerme prender lo cual simplificaría muchísimo en beneficio suyo los asuntos de la testamentaria.

Hubo un momento de pausa. El Grupo Francés echó una mirada alrededor de la habitación y como nada vió, se acercó más á Laforet, diciéndole con dureza: —No habéis tan alto, ¿sino...? ¿Qué tiene de extraño,—prosiguió recobrando su tono sarcástico,—